LAS MEMORIAS DEL MAR CARIBE

POR

JAVIER DEL AMO

—Sí, bueno, claro, hace calor allá, mucho calor—dice el tío Luis, cruzando las piernas, arrellanándose un poco en el sillón, mirando de reojo a la chica que sale precipitadamente requerida por el novio; sin saludar, sólo un movimiento con la mano, su sobrinita, con quien comió—, no se puede ni comparar con el que hace acá. Allí estamos a cuarenta y cinco grados y decimos que el calor no aprieta.

La chica sale dando un portazo mientras la combustión del puro que le han regalado sigue efectuándose con matemático rigor, un puro habano, háganse cargo, lo tenemos guardado sólo para las ocasiones, un buen puro, un señor puro, pero la ocasión es la ocasión, ¿o no?, y si llega un tío de América no vamos a ser tacaños, debemos rendirle los honores de clase debidos, tú te mereces eso y mucho más, gracias, muchas gracias, a usted... y la ceniza es una ceniza densa, compacta, estructurada y coherente, en cilíndricas capitas, digna de cenicero de plata, donde acabará descansando, buen puro con su humo azul oscuro que llena el aire hasta evaporarse, confundirse con la niebla, las luces sin encenderse y él con los recuerdos —tántos— cuando le preguntan si es tan peligrosa como dicen América.

—Bueno, la pistola siempre en el bolsillo. Y no se fíen de los indios, que los indios son muy traicioneros. Y muy rencorosos: por cualquier niñada le pegan a uno la gran cuchillada. De modo que cuando estábamos con los negocios de maderas yo iba siempre por en medio de la calle. Así no hay modo de que por la espalda, en una esquina. Claro que uno se acaba acostumbrando a todo.

El humo vuelve a eclipsar, a convertir en fantasmas a la madre, al padre soñoliento al que privaron de su sagrada siesta, a la niña a la que la peligrosidad del trópico importa bien poco; a la niña que sube y baja del butacón, incansable —estate quieta, estate quieta que te doy un cachete— y que cuando oyó la palabra «pistola» preguntó si había matado a alguien.

—Y el clima. Allí todo era distinto, una vida dura, muy dura, ¡vaya! Pero había compensaciones. Mucha plata de golpe y meses sin un cobre. Pero bueno está lo bueno, allí pasé dieciocho años de mi vida.

Miró con estupor: a su lado estaba el maldito niño que acabó tirándole de los bigotes, diciéndole «enséñame la pistola», recordando el color que la selva le había dejado, «eres negro, mamá el tío es negro». La nena sube y baja del butacón, enseña las braguitas, sin amigas ahora, molestando. El padre vuelve a bostezar y aunque trate de mostrar interés con los ojos la excesiva rigidez de su rostro le delata.

Cuando llaman a la puerta el tío Luis se sobresalta. Levanta los ojos y deja de hablar de todo eso de que las costumbres que tienen los indios nos sorprenderían, que tienen un sentido del honor que no entenderíamos, lo que es una raza, un pueblo, ambiente y subdesarrollo... porque cruza la bella doncella, abre una puerta, desaparece taconeando en la oscuridad hasta que la puerta se abre de nuevo, «señorita, la profesora», «que pase, María» y entra la tímida mujer de gruesas gafas, recorre las azuladas sombras del puro, hace una imperceptible inclinación de cabeza, disminuyendo la velocidad, reanudando la marcha en la profundidad del pasillo. Silencio.

—Marta, rica, anda, no la hagas esperar.

—¿Qué estudia la niña?—dice tío Luis con algo parecido a una sonrisa, mirando a la criatura como miraría a un objeto desconocido. Pero la madre no es obedecida sino pasado el rato que tarda en buscar a tientas, por la mesita de mármol, el gigantesco mechero de gas con el que enciende el cigarrillo: la llama que prende en el tabaco ilumina un rostro ajado, sin color. «¿Se lo vuelvo a preguntar?», piensa tío Luis a punto de terminar el habano. En la calle suena, como un lamento, la bocina de un automóvil. Repentinamente, con una especie de alegre desesperación, levanta un poco la voz y dice:

—¿Qué estudia la pequeña?—pero ya no hace falta: el piano está rompiendo en dos la tarde, altera la paz del cuñado a punto de dormirse, desacompasado compás, incierta melodía que llena de recuerdos al más pintado, ¿dónde la conocí?, ¿señora, usted formaba canasta con nosotros, hace ya algunos años, en San Juan de Luz?... fijándose un poco, hasta los almendros en flor, ¿cuando tío Luis-niño llevaba bucles y sonreía lo que podía al representante de la primera promoción de fotógrafos?, todos los hermanos bajo la sombrilla, con la aya vikinga...

—Piano, su padre, que se ha emperrado. Pero Marta no transige, ni modo de que aprenda algo. Un gasto inútil, a la niña le falta afición y cuando falta la afición... No sé, lleva tres años con la profesora y está como el primer día... —advirtiendo el tío Luis que tiene otra vez al maldito niño en las rodillas, olor a leche agria, niño bien constituido, gruesa, sólida patilla de nene burgués, facciones agresivas de futuro caballista de Picadero, pómulos de armas tomar, manitas de

matón de colegio rico, nariz ganchuda, no graciosa, que le ganaría el apodo de guapo, allí, erecto, en unas rodillas cansadas —«Señor, ten piedad de mí»—, débiles, flacas, de hombre anciano, tanto bregar por allá, el mar Caribe, señores que no es una broma, dieciocho años...; pues allí le está tirando del lacio y amarillento bigote, escupiéndole la babita en las raídas mejillas, gritándole al oído, aturdiéndole, tanto que tuvo un absurdo miedo de perder la vida en sus manos gordezuelas.

—¡Enséñame la pistola!

—Rober —murmura, implora la madre meneando la cabeza, con el gesto que antecede a la impotencia—, Rober, te bajas o te la ganas.

—Nada, Marta, mujer —miente el tío Luis, aguantándose el dolor del labio superior con una especie de dulce crispación—, sólo quiere jugar.

Al salir Rober corriendo advierten que el papá está completamente dormido. Ronca. Marta, para quitar importancia a este hecho, en sí grave, le da un codazo, descruza las piernas, las cruza de nuevo y al marido que sale del séptimo cielo, restregándose los ojos —«eh, qué, ah»—, le dice cariñosamente, un poco corrida:

—Cielo, despierta, que aunque lleves varias noches sin dormir —...pero el tío Luis no se lo cree, aunque ya es lo mismo, ya nada tiene importancia: no hablará. «Ya no abro la boca.» Pero el marido se siente culpable ante ancestrales costumbres, mueve los labios, se da cuenta de que ha hecho, él, un hombre educado, hombre, eso no se hace, alarga la mano, apura el poso de coñac y le da a preguntar por la situación de los blancos en el país. No digas de esta agua no beberé, tío Luis, porque aunque te parezca mentira, lo olvidaste, se te pasó el resentimiento, a fin de cuentas también tienes ganas de hablar, decir, disimulado por las apariencias dialécticas de las convenciones sociales, que eres viejo, que estás cansado, que el trópico desgasta, aún más: destroza, te pones a ver y, ¡qué más da!... aceptando el nuevo puro con el que su cuñado le compra, habano, sabe usted, un señor puro, digno de un ministro, a fumar por Pascua Florida y pare de contar y ya está otra vez cuenta que te cuenta el odio que le tienen a los blancos, yanquis les llaman allá; en rigor, los indios no son tontos y saben quién amigo y quién explotador, situación difícil, ghettos en aldeas microscópicas y no entre usted en ciertos sitios a ciertas horas porque si no te acuchillan te escalabran. Situación difícil, yo les podría contar muchos casos, algunos especialmente macabros, dramáticos y terribles. Bueno, ello llevaría horas.

—Claro —dice el cuñado-marido dándole palmaditas en el hombro, una cuenta más en el rosario de reparaciones a que se siente obligado por su clase, porque, hombre, dormirse con el tío de Amé-

rica, recién casi llegado a Barajas, su cuñado, tantos años fuera de España, en lejanas y hostiles tierras, el hermano de su mujer, no está bien—, claro, los negros, gente sin cultura, incivilizada...

—Los indios—puntualiza el tío Luis, inciertamente irritado.

—Bueno, los indios, los negros, ¡qué más da! Unos y otros...

Sin embargo, aquel cuñado de bigote perfecto, aún congestionado por la comida sustanciosa, no podía saber que también en ocasiones los indios se portan como héroes..., aquella tarde en el río, con la crecida, cuando había que elegir entre uno y otro porque en la balsa no cabían los dos..., aquel indio empeñado en sucumbir, «no, mi amo», y la balsa era la salvación. También le daban a uno la mujer, ¿no?..., son sus pruebas de agradecimiento, y no crean que lo hacen sin sacrificio, porque no podían comprender aquellas noches con el revólver en la almohada, en el peligroso poblado, amenazado de robo y de muerte, el indio amigo era la única paz, larvaria entrega que era lo único que quedaba, ¿no?, que hay profundos lazos con la gente capaz de todo, y aquella noche, asediado por los mosquitos, para colmo ni luna y a cada ruido montando el arma, «amito, duerma», decía aquel indio amigo que no durmió en toda la noche, inquebrantable centinela con el ojo abierto, como las liebres, en cuclillas, el machete cruzado, ya que todo era miedo, como si en esa fortísima sensación se condensaran paisaje nocturno, enjambres de insectos, calor y fiebres, la selva ardiendo en sombras.

Porque, en aquel momento, a ver qué quedaba de civilización y de recuerdos del Viejo Continente, los cuñados, y la líbido del pandilleo de los matrimonios en costas azules, primeras comuniones bañadas en chocolate derramado..., quizá la madre... Y en la puerta no tenías más que llamarlo y entraba enseguida el centinela de la inestable paz del tío Luis que, con paz oriental, con sagrada escriturística paciencia escuchaba el telófono sonar en el pasillo.

—Perdona, Luis, un momento —decía su hermana levantándose. Ah, vaya, todos: «perdona, perdona»; el perdón se transmite por vasos comunicantes. Se había hecho en derredor una oscuridad total. Las tardes de invierno así son.

«Es Milita», decía la sombra de su hermana al marido. «Ah», dijo éste, bostezando y bostezando. De pronto, como movido por un resorte, le dijo:

—Tú estabas en la costa, ¿no? ¿En la misma costa?, al lado del mar.

—Sí, al lado del mar. El mar Caribe—Se calló. Vaya si era bonito ver el mar, de noche: llegaba hasta su casa la vaharada salada y penetrante de los embarcaderos que jalonaban la costa, el quejido eterno de las olas al morir, esa honda sensación de encrucijada de tiempos que es la proximidad del océano y las lucecitas de los pescadores como

estrellas caídas del cielo sobre la inmensidad de rumor y mareas. Por aquella época había bebido bastante.

Y el cuñado se levantaba para hacer pis, «perdona», hasta que se quedó completamente solo. Luego, borrón y cuenta nueva, pero sí que bebió mucho por aquella época. Recorrió lo que era envolvente tiniebla. Hay que comprender a un hombre en una situación así. Dio con el recibidor, andando como un ladrón. Hay que comprenderlo: las grandes esperas, uno se siente solo, muy solo. La puerta, las calientes y alfombradas escaleras. Son horas de incertidumbre y por eso se bebe, para olvidar. El silencio de las calientes y alfombradas escaleras de caracol, la calle.

Para comprenderlo hay que haberlo vivido. Las farolas que eran el soporte de la noche recién prendida de los tejados.

El centelleo de los coches, las grandes avenidas. Además, mire usted, hay momentos en que uno está tan harto de todo, no sé cómo explicárselo a usted, malos ratos en los que o se bebe o se muere.

JAVIER DEL AMO
Ayala, 5, 4.º
MADRID-1